

# Idilio eterno

[Poema - Texto completo.]

Julio Flórez

---

Ruge el mar, y se encrespa y se agiganta;  
la luna, ave de luz, prepara el vuelo  
y en el momento en que la faz levanta,  
da un beso al mar, y se remonta al cielo.

Y aquel monstruo indomable, que respira  
tempestades, y sube y baja y crece,  
al sentir aquel ósculo, suspira...  
¡y en su cárcel de rocas... se estremece!

Hace siglos de siglos, que, de lejos,  
tiemblan de amor en noches estivales;  
ella le da sus límpidos reflejos,  
él le ofrece sus perlas y corales.

Con orgullo se expresan sus amores  
estos viejos amantes afligidos:  
ella le dice “¡te amo!” en sus fulgores,  
y él prorrumpe “¡te adoro!” en sus rugidos.

Ella lo duerme con su lumbre pura,  
y el mar la arrulla con su eterno grito  
y le cuenta su afán y su amargura  
con una voz que truena en lo infinito.

Ella, pálida y triste, lo oye y sube,  
le habla de amor en su celeste idioma,  
y, velando la faz tras de la nube,  
le oculta el duelo que a su frente asoma.

Comprende que su amor es imposible,  
que el mar la copia en su convulso seno,  
y se contempla en el cristal movable  
del monstruo azul, donde retumba el trueno.

Y, al descender tras de la sierra fría,  
le grita el mar: “¡En tu fulgor me abraso!  
¡no descendas tan pronto, estrella mía!  
¡estrella de mi amor, detén el paso!

¡Un instante mitiga mi amargura,

ya que en tu lumbré sideral me bañas!  
¡no te alejes!... ¿no ves tu imagen pura,  
brillar en el azul de mis entrañas?”

Y ella exclama, en su loco desvarío:  
“¡Por doquiera la muerte me circunda!  
¡Detenerme no puedo monstruo mío!  
¡Compadece a tu pobre moribunda!

Mi último beso de pasión te envió;  
¡mi postrer lampo a tu semblante junto!...”  
y en las hondas tinieblas del vacío,  
hecha cadáver, se desploma al punto.

Entonces, el mar, de un polo al otro polo,  
al encrespar sus olas plañideras,  
inmenso, triste, desvalido y solo,  
cubre con sus sollozos las riberas.

Y al contemplar los luminosos rastros  
del alba luna en el obscuro velo,  
tiemblan, de envidia y de dolor, los astros  
en la profunda soledad del cielo.

¡Todo calla!... el mar duerme, y no importuna  
con sus gritos salvajes de reproche;  
y sueña que se besa con la luna  
¡en el tálamo negro de la noche!